

ÍNDICES

DEL TEXTO

I.	Antecedentes históricos.		Disposición.
			Obras especiales.
II.	Edificio principal..	}	Construcción.
			Decoración.
			Obras complementarias.
			Decoración exterior.
III.	Claustro..	}	Organismo.
			Decoración interior.
IV.	Concepto artístico..	}	Escuelas á que corresponde.
			Ojeada general.
			Juicio resultante.

DE LÁMINAS

Planos..	I.	Planta general del edificio.		
	II.	Planta parcial.	}	Brazo transversal del Evangelio.
	III.	Sección transversal..	}	
	IV.	Sección longitudinal.	}	
	V.	Interiores de alta nave y de colateral.		
	VI.	Retablo mayor.		
	VII.	Fachada principal.		
Vistas. .	VIII.	Conjunto de la Catedral.		
	IX.	Cabecera.		
	X.	Patio del Claustro.		
	XI.	Galería del mismo.		
	XII.	Capiteles del Claustro y de la puerta de ingreso.		

II

EL MUNICIPIO ILURCONENSE

Si los epígrafes honorarios, al par que la moneda, son testimonios elocuentes de la vitalidad política de nuestras ciudades bajo el señorío romano, puede establecerse que en la cuenca alta del Jenil eran dos las principales: Iliberri é Ilurco; ambas municipios, ambas con zeca propia, y á las que se refieren todas

las inscripciones públicas descubiertas en la región hasta el día.

De Iliberri puede afirmarse ya, con el mayor número de probabilidades, que estuvo en la Alcazaba antigua de Granada, pues los argumentos con que se la redujo por algunos á Elvira han sufrido tal mengua con el esclarecimiento de textos árabes, que ya no puede alegárseles en serio. De Ilurco hay una tradición local bien fundamentada, que la sitúa en el cerro de los Infantes, dos kilómetros andados hacia NO. desde Pinos-Puente y 17 desde Granada, en la misma dirección, camino de Alcalá; sin embargo, Hübner la menospreció, por falta de buenos informes seguramente, y su indecisión se ha transmitido á los demás eruditos de afuera, como si hubiese razones encontradas para fijar su asiento.

Dos epígrafes ilurconenses hacen de actualidad ilustrar la materia: el uno es conocido, mas había error atribuyéndolo á Iliberri; el otro, hermano suyo, apareció ahora en forma y lugar harto chocantes, y aunque ambos no ayuden á la cuestión geográfica, realzan el concepto que la ciudad merece, comprobando cierto esplendor en el siglo II de nuestra Era.

Este nuevo é inédito vestigio es un pedestal con dedicación á Lucio Vero, base probablemente de su estatua, que se descubrió á fines del año último en el arroyo Salado, á medio kilómetro por bajo de la Malaha, pueblo distante unos 13 kilómetros de Granada hacia SO., y tres más del cerro de los Infantes, que cae á N. Fué con ocasión de un desprendimiento de rocas, sin que pueda saberse si cayó con ellas al río, estando soterrado en lo alto, ó permanecería de antes allí abajo metido en algún socavón, á donde lo arrastrasen las aguas, pues aunque es arroyo de poco caudal, desarrolla gran empuje en las crecidas; y como el sitio forma garganta en recodo, con cibancos más arriba y remanso luego, pudo bien quedarse atollado en aquel sitio, debajo de las peñas, que ahora, al hundirse, lo dejan entre sí al descubierto. Con todo, no ha de rechazarse la hipótesis de su caída, quizá preferible, si se tiene en cuenta la forma como yace, aunque removido por las gentes del país que soñaron con algo de tesoros al descubrirlo. Esto hace temer que al fin lo rompan para sacar oro de dentro, y más habiendo dificultades de todo género

para extraerlo con destino al Museo Arqueológico de Granada.

La materia del pedestal es caliza blanca, muy fina y compacta, como la de Íllora, que se extrae cerca del cerro de los Infantes, y se empleó con predilección bajo los romanos para columnas, arquivoltas y estelas. Sus medidas arrojan 1,45 m. de alto, sobre base cuadrada de 0,71; cornisas de poco gusto recortan su neto, y otra moldura encuadra el letrero, dejando un hueco para él de 75 por 49 cm. Se hallan bastante mutiladas sus esquinas y rota sobre todo la parte alta, como si de antiguo hubiese rodado mucho. Quizá para disimular estos deterioros trataron de asestrarla por arriba en cantidad de 16 cm., operación que se dejó á medio hacer, y también hubo conatos de henderla por medio á lo largo con cuñas, á juzgar por la muesca de uno de sus costados: todo ello mucho antes de aparecer ahora.

Vengamos á la inscripción, consignada en nueve líneas, de altura progresivamente menor, ó sea de 7 á 6 cm. en las tres primeras y de 5 á 4 en las otras; con elegantes letras, como en sus coetáneas de Iliberri, bien proporcionadas y perfiladas, y con puntos triangulares, no sólo entre palabras, sino en fin de línea y al principio de las tres más cortas. Léese de este modo:

l . a E L I O ·
c O M M O D ·
AVG · FIL · D · D ·
ILVRCONENS ·

· ANNO ·

C · ANNI · SENECAE ·

· ET ·

Q · CORNEL · MACRI

· II · VIR ·

«A Lucio Elio Commodo,
hijo del Augusto, por de-
creto de los decuriones Ilur-
conenses, en el año de Cayo
Annio Séneca y Quinto Cor-
nelio Macro, dumviro.»

La restitución de las dos primeras líneas es indudable; lo demás está perfectamente conservado. Podía dudarse si se erigió en honor de Cómodo ó de Lucio Vero, puesto que ambos llevaron los nombres de Elio y Cómodo; pero el no dársele otro título que de hijo de emperador, decide á favor del primero, sirviendo de apoyo otra dedicación de Beja (c. I. L. II, n. 47) más explícita, y hubo de erigirse entre el 138, año de su adopción por Antonino, y el 161 en que fué aclamado emperador juntamente

con Aurelio. La fórmula dedicatoria se conforma con una piedra coetánea de Iliberri (c. II, n. 2079), y la cronología por dumviros, sobre repetirse en la de Beja arriba citada, enseña á suplir el otro epígrafe de que luego hablaré. Es curioso el nombre de Cayo Annio Séneca, compuesto acaso en memoria de los célebres literatos cordobeses, como el de un Sexto Annio Lucano (c. II, n. 1761), de Cádiz, si no fué por recuerdo de familia. Otro Cornelio Macro, dumviro también, figuró antes en Lusitania (c. II, n. 159).

La otra inscripción á que se aludió fué recogida y publicada por mi señor padre, y luego por Hübner (c. II, n. 5511) y por el Sr. Berlanga (*Iliberis*, p. 30), que interpretó con acierto su primera mitad. Sólo existe la parte de la derecha, impresa en piedra también de Íllora, calcinada por un incendio, y se conservó sirviendo de umbral en una casa de aquella población destruída en el siglo XI, que los moros llamaban Castilia y Hádira Elbira, al pie de la sierra de este nombre, entre Pinos y Granada. Es dedicación á Antonino Pío, no á Caracala, como últimamente creyó Hübner (*Granada*, p. 376), y del mismo año que la precedente, pues gobernaban los propios dumviros, bastando ello para certificar su procedencia de Ilurco, en contradicción con lo supuesto como indudable por Hübner y por otros, achacándola á Iliberri, como consecuencia y testimonio á la vez de su presumida localización en el sitio del hallazgo. Dice así, completada con sujeción á la otra:

*Imp. caes. divi Hadriani fil.
divi Traiani parTHIC · Nepoti
divi Nervae PRO · NEpoti
T. Ael. Hadriano ANTONINO
aug. pio pont · MAX · TRIB ·
pot... cos... · P · P · D · D ·
Ilurconensiu M · ANNO ·
C · Anni SenecaE · E T ·
Q · Corneli · MACRI ·
II · vir*

«Al emperador César Tito Elio Hadriano, Augusto, Pío, Pontífice máximo, con potestad tribunicia por... vez, Cónsul por... vez y padre de la patria, hijo del divino Hadriano, nieto del divino Trajano, Pártico, y bisnieto del divino Nerva, por decreto de los decuriones Ilurconenses, en el año etc.

Suplíase la séptima línea: *Flor(entinorum) Ilib(erritanorum) repositum,*» etc., palabra esta última que se autorizaba con la paleografía del monumento; mas como ya sabemos que estos dumviros gobernaban á Ilurco en tiempo de Antonino, ha de rechazarse, sustituyendo el nombre escueto de la ciudad. Sin embargo, persiste más ostensible hoy, con el cotejo de la otra inscripción del mismo año, la enorme disparidad entre ambas tocante á su escritura, que en la de Antonino es menuda, angosta y superficial, como del siglo III, al que sin duda corresponde, habiéndose la rehecho por causas desconocidas.

¿Cómo ambas piedras fueron á parar en la Malaha y en Elvira? La segunda es fácil que se llevara, como fragmento de poco tamaño y peso, para utilizarla donde se la encontró, en una casa del siglo X con decoraciones murales árabes, que alcancé á ver siendo niño. La presencia en la Malaha de la otra es caso más extraño y, considerado su enorme peso y volumen, parece inverosímil que se la acarrease para utilizarla como simple piedra, cuando allí á mano lo que sobra son canteras. Verdad es que no faltan indicios de pueblo romano en aquel sitio, justificado ya por un nacimiento termal, ya por las salinas á que debe su nombre árabe; pero estas reliquias son ánforas, alguna fibula y cascajo, de lo que tanto abunda por doquiera. Supongo como más verosímil que la piedra se transportó por algún aficionado á cosas antiguas.

Llena estaba la vega de caseríos romanos: así, en Huétor aparecieron mosaicos y una preciosa estatua; la Zubia conserva una lacónica dedicación *PUBLICIAE · LAETINÆ*, que así ha de leerse y no como estampó Hübner (c. II, n. 5503); Albolote y Ánsola produjeron vulgares epitafios, según dicen; junto á los baños termales de Elvira hubo población, cuyo cementerio en Marugán no tiene compañero dentro de la provincia, sino en Ventas de Zafarraya, por la abundancia y calidad de sus arreos; cerca de Pinos, hacia la presa «de la media luna», descúbrese cierto edificio con alberca y suelo de mosaico alrededor; una gran *villa*, con espléndidas solerías del mismo género, columnas y curiosos materiales, se desenterró en Daragoleja; Asquerosa, además de su epitafio vi-

sigodo, arrojó estelas muy bárbaras, con figuras y una mula de relieve; Tramulas abunda en restos de edificios; Ascoznar deja ver un muro de hormigón provisto de contrafuertes; la vega de Obeila contiene un sepulcro, en forma de torre, con sarcófago dentro, que se descubrió intacto, ruinas de caserío, un talo de relieve y epitafios de Annia Rústica, Cayo Ivanio Seuro (sic), calecuense y Cayo Emilio Cantabrino, sexsitano; en el Tocón aparecieron mosaicos, multitud de losetas de barro con adornos y pájaros relevados, alguna escultura, un capitel y sepulturas con monedas bien antiguas y alhajas de plata, y otros cementerios pobres descubren Huétor-Tájar y Moraleda de Zafayona. Pero en todo ello no puede reconocerse ciudad alguna, sino alquerías ó granjas, plantadas en lugares amenos y sin defensas, como para gentes que vivían del trabajo agrícola, gozando en paz de las anchuras que un suelo pródigo y un clima suave deparaban.

Junto á ellas, las ciudades conservaron su posición antigua de cuando eran núcleos de población tórdula independiente, reclusas en las alturas donde el defenderse traía ventajas. Allí, á veces, seguiría siendo incivil y austera la vida, privándonos de rastrearla por despojos de la cultura que infiltraban los dominadores; otras veces éstos prevalecieron, y se transformó, quizá superficialmente, la manera de ser antigua bajo el régimen municipal romano, pero mediante ello, son reconocibles sus actividades: así sucedió con Iliberri y con Ilurco.

Desde luego, ésta fué la menos importante. Sus monedas, sobre ser raras aun aquí dentro de la comarca, donde sólo he visto siete ú ocho ejemplares, pertenecen á una sola emisión, con igualdad de tipos y de peso — 21 á 25 gr. las más; otras, 16 y 17 (1).

(1) Dos provienen del derribo de la iglesia de San Gil, en Granada; otra, con una de Castulo, se desenterró en Pinos; dos se hallaron juntas, no sé dónde, y cerca de Guadix formaba parte otra de un hallazgo de veinticinco piezas, muy consumidas por la humedad, reconociéndose entre ellas un as de CN · ΛAGnus, dos de Castulo (su peso, 24 y 15 gramos); una quizá de Tamusia, con la nave, y muchas de Iliberri, ó sea tres ó cuatro con esfinge y leyenda latina (peso, 24 á 20 g.), siete, por lo menos, de las emisiones similares más bárbaras con leyenda ibérica (peso de 17 á 13 g.; y una, 9); otra con la triscela (peso 17 g.).

Respecto de sus inscripciones en total no pasan de ocho, cuando son treinta las de Iliberri; mas aunque pocas acreditan cierta grandeza. Dos de ellas van explicadas más arriba; las otras contienen esto:

Dedicación á Tiberio, del año 26 ó 27, con los títulos de *augur*, *XV vir s(acris) f(aciundis)* y *VII vir epulonum*, por un Tito Papirio Severo (c. II, n. 2062).

Otra á cierta Fabia Broccilla, *decreto ordinis Ilurconensis* y á costa de su padre Cayo Fabio Avito (c. II, n. 2064); impresa, como la anterior, en un gran cilindro de mármol de Elvira, á semejanza de otras varias erigidas en Iliberri. Es del siglo II.

La de Perpetuo, hijo de Longino, ilurconense, que data del siglo I (c. II, n. 2066).

La de Valeria Phryne, liberta de Marco, puesta por Marco Valerio Cisso, hermano suyo probablemente (c. II, n. 2068.)

La de Publio Cornelio, hijo de Publio, ilurconense, en una piedra pequeña (c. II, n. 5504).

Epitafio de Urcéstar, hijo de Tascasécer, ilurconense, de ochenta y siete años, costeadó por su hijo Nicello (c. II, n. 2067). Se ignora su paradero, y es lamentable por el gran valor de su onomástica iberá ó túrdula, mejor dicho, puesto que sabemos por Tolomeo que gentes de esta raza poblaban la región granadina (I).

Nótese que en el puente de Pinos, sirviendo de cimiento, veíanse años atrás dos pedestales romanos, cuyas inscripciones quedaron metidas dentro de la obra; el que yo pude ver es de piedra de Íllora, con recuadros y cornisas, y su alto 1,37 m.

Los seis epígrafes arriba enumerados se llevaron á Pinos Puente desde el cerro de los Infantes, según consta de los cinco primeros, valiendo, sobre todo, el testimonio de Accorsi, que en 1526 vió, «al fin de los montes, donde principian los campos de Granada, una colina, vulgo llamada «sierra de los Infantes», don-

(1) Otros personajes ilurconenses merecieron epitafios lejos de su ciudad; así, Murria Crescentina, que alcanzó la edad de 115 años (c. II, número 2065), y Quinto Fabio Fabiano, de la tribu Quirina (c. II, n. 1200).

de ahora hay algunos vestigios morunos en su vértice, y por doquiera cimientos y tiestos, indicios de la vetusta ciudad de Ilurco, lo que también indican inscripciones desde aquí trasladadas, una milla más allá, al pueblo de Pinos, junto al riachuelo Cubillas. Tiene también este dicho monte de los Infantes, en sus faldas, un arroyo como riachuelo» (1). Accorsi era un erudito italiano que venía con la corte imperial, que visitó aquellos lugares y á quien se deben esmeradas copias de las tres primeras inscripciones arriba dichas, entre ellas la del *Ordo Ilurconensis*: su declaración es, pues, fehaciente y la más respetable que alegarse puede.

Sigamos sobre el terreno sus indicaciones: la sierra de Elvira, Alocab llamada en árabe, sirve de guía; allí, á su pie, junto al Atarfe, estaba la susodicha Castilla, residencia principal de los musulmanes de la provincia de Elbira hasta el siglo xi; pero no se ven de ella sino unos pozos, ni más ni menos que ha tres siglos. Córtase luego la sierra tan de golpe como brotó en medio de la vega, formando una garganta por donde se desliza de peña en peña el río Cubillas, afluente del Jenil. Franquea su paso un puente con tres arcos de herradura, que, al parecer, es anterior á lo moruno, defendido antes por una torre, que destruyeron las lombardas de Juan II, y allí mismo el emisario enviado por los Reyes Católicos alcanzó á Colón, que ya desesperado abandonaba la corte, para fiarle el descubrimiento del Océano. Enfrente está Pinos, en la falda de otro cerro coronado por los argamasones de un castillejo de moros, y sigue por lo llano el camino de Jaén, hasta dar en otro riachuelo, el de Velillos, con su puente, citado ya—Vallillos— en la crónica de D. Pedro, á propósito de la victoria que allí consiguió este rey sobre los moros. Es obra moderna, y el de antes, con tres arcos, dataría de la Reconquista; pero tocándole, aguas abajo, subsistían arranques del otro más antiguo. Desde allí comienza á subir la carretera, hacia el Puerto Lope, por la cuesta de Velillos, donde estaría el hisn-Balillos, nombrado por Abenaljatib á 12 millas de Granada, fortaleza que ni dejó restos ni suena en nuestras crónicas, y acaso fe-

(1) Véase el texto latino publicado por Hübner, (c. i. l. II, pág. 284).

necida en el mismo siglo xiv. Viniendo desde Alcalá, es allí donde acaban los montes y principia la vega de Granada; es, pues, el sitio de Ilurco reconocido por Accorsi.

Efectivamente; hacia la derecha, entre el arroyo y la carretera, surge un peñasco bien escueto, de acantiladas laderas que los siglos tiñeron de rojo y negro, y rematada con una meseta, de igual aspecto que los *castros* leoneses y gallegos. Es el cerro de los Infantes, llamado así en memoria de la desastrosa muerte que allí alcanzó á los inquietos regentes de Castilla D. Juan, el de Tarifa, y D. Pedro, su sobrino, en 1319, heridos de sofocación y coraje viendo la indisciplina de su ejército frente al de los moros.

La subida al cerro sólo es posible hacia NO. En lo alto espaciase, atalayando vasto y hermoso territorio, la meseta casi redonda, pues sus diámetros alcanzan de 45 á 54 m.; en medio hay una cisterna, como alberca, ovalada ligeramente y hecha de mampostería romana, que mide por sus ejes 8,50 y 7,90 m., y de hondo 2,10; además húndese un pozo abierto en la roca. Aquélla y éste muestran en su fondo excavaciones modernas, y asimismo hacia O., al pie del tajo, hay un enorme socavón, recuerdos de otro suceso ejemplar acaecido ha treinta años. Ello fué que un portugués vino aquí trayendo noticias de estupendo tesoro escondido en las entrañas del cerro, y tal sugestión infundió en los campesinos, que á porfía se arrojaron á taladrar la peña con tesón loco y entre ceremonias supersticiosas increíbles, hasta concluir con un crimen, expiado en patíbulo por el aventurero. Tan dramático desenlace no curó, sin embargo, á los pobres alucinados, y el misterio de aquellos sitios aun les inquieta medrosamente.

Así la desolada roca, teatro acaso de mayores dramas de sangre cuando servía de reducto á los ilurconenses, parece haber conservado una funesta acción á través de los siglos. La corona del monte y un rellano que le toca hacia NE., de 100 m. de longitud y unos 6 más en bajo, contienen residuos de cerámica primitiva, la que se califica de prehistórica é ibérica. Ellos son, cascotes modelados á mano y con pulimento por frotación los más

de ellos, negros, grises ó rojizos, bien cocidos y relativamente finos algunos; cascos á torno, con decoración rojiza pintada, marcando fajas, semicircunferencias concéntricas y grupos de rayas onduladas, y otros análogos con líneas pardas y blancas. Además, el paso de los musulmanes rastréase por tiestos con barniz plumbífero verde y amarillo.

El escombros romano de tejas, ladrillos, cerámica samiana decorada y á veces con figurillas de un helenismo exquisito, pedazos similares con barniz amarillo algo jaspeado en rojo, trozos de lucernas, ánforas, tinajas, etc., todo ello abunda extraordinariamente en otro llano amplísimo que se esparce más en bajo, de NO. á SO., hasta la carretera, donde seguramente se acomodó la población romanizada, prefiriéndolo, como sitio más abrigado, á la meseta alta, y probablemente con murallas, que albergó la ciudad primitiva.

En el borde septentrional del mismo llano, cortado por allí en rápida vertiente hacia el río, sobresalen de la tierra laborable los muros de un vasto edificio, hechos con tapias de hormigón romano, entre los que menudean fragmentos de lastras de mármol y de téglas. Les llaman «la iglesia de los moros», y difícil es, mientras no se hagan excavaciones, formarse cabal idea de su planta y del uso á que se destinaran; algo así como termas quizá. Los muros visibles abarcan un área de 44 por 34 m., dejando un cuadrilátero en medio de 26 por 20 m., y naves desiguales en torno; los muros varían de grosor, entre 50 y 88 centímetros, y las tapias con que se formaron no pasan de 60 centímetros de altura. El ala occidental resulta más elevada, y lo contrario la de norte, cuyo muro exterior, que descende 3 metros, refuézase con cuatro estribos de 1,20 m. de salida, como en otro de Ascoznar que se citó arriba, constituyendo una particularidad, acaso regional, que pudo influir sobre lo asturiano del siglo IX, donde se halla sistemáticamente usado tal género de contrarrestos.

A más de las inscripciones y de estatuas que se mentarán luego, muchos más vestigios arroja poco á poco aquel despoblado. Por ejemplo: un capitel de pilastra corintio, bien hecho; una

especie de acroteria con una cara en su delantera, que parece obra de arte indígena; varias losas con caballos de relieve, pequeños; un trozo de patera de mármol; un arete de bronce, del que cuelga una lajita pizarrosa semejante á las hachuelas neolíticas; un vaso de vidrio lleno de cenizas y metido en otro de plomo, que se descubrió con la inscripción de Valeria Frine, etc. (1). Entre innumerables monedas baste citar una de oro de Hadriano, una de Ilurco, perfectamente conservada, otras de Castulo, Iliberri y Sexsi y otra cartaginesa.

La fama de dichas ruinas y de hallazgos interesó á los eruditos granadinos del siglo xvi, con motivo de la cuestión batallona del asiento de Iliberri. Al discutirla, el nombre de sierra de Elvira venía siendo una obsesión para todos, ya vindicándolo como supervivencia de la antigua ciudad, fundados en la homonimia, ya para rebatir este argumento con subterfugios; porque su ignorancia de nuestra geografía medieval había encastillado sobre erróneas premisas á los litigantes hasta que Dozy enseñó la verdad (2), ó sea, que Elvira, la de la sierra, se llamó Castilia y después Hádíra (*residencia*) de Elbira, por alusión mediata y accidental á Iliberri, mientras los textos árabes identifican unánimes á ésta con Granada. Antes de saberse ello, la contienda era justificada; mas como Elvira dejó pocos restos visibles, y esos baladíes, y los de Ilurco se ostentaban grandiosos y en la misma línea respecto de Granada, hubo confusión, tomándolos por de Iliberri y suponiendo llegar hasta allí la sierra de Elvira, único asidero posible del engaño, cuando no una, sino dos cortaduras la aislan del cerro de los Infantes, cuya estructura geológica comprueba igualmente diversidad, ligándolo al macizo de la sierra de Parapanda, más lejana.

El primero que resulta víctima de este error es el gran don

(1) Esto último lo sabemos por Medina Conde, en sus *Cartas del sacristán de Pinos*. El arete se conserva en el Museo de Granada, bajo el núm. 987 de su inventario; otras piezas fueron cedidas á mi señor padre por el administrador de aquellos terrenos.

(2) *Recherches...*, 3.^a edición; I, 327.—Cf. BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, XLVI, 44.

Diego Hurtado de Mendoza, al escribir en su *Guerra de Granada*, que Illíberis estuvo «puesta en el monte contrario de donde ahora está la ciudad, lugar falto de agua, de poco aprovechamiento, dicho el cerro de los Infantes»; mas como este libro quedó inédito hasta 1610, no puede achacársele la persistencia de la generación sucesiva en el propio engaño; y es notable que mientras D. Fernando de Mendoza, Mármol y Antolínez le siguen, sus contradictores, Luis de la Cueva y Pedraza, conocían el verdadero sitio de Elvira, y aluden á sus restos para negar que conviniesen á Iliberri. Salvada esta confusión, veamos lo que dicen aquellos autores.

Antolínez es el más explícito: «Yo he visto, declara, el sitio de Illíberis, que es el que mostrará la estampa; y para entender que allí, y no en el de Granada, estuvo fundada..., hácenme fuerza... las grandes ruinas y vestigios que se muestran en esta estampa, y el haberse hallado en este sitio, el año 1545, muchos ídolos; y así mismo en diferentes tiempos muchas inscripciones romanas, que se han llevado á diferentes partes» (1). Luego copia de Grútero, como descubiertas en Iliberri, las de Ilurco y tres más que el colector alemán atribuyó á ella por seguir ciegamente un *lapsus* de Mammerano; pero no es esto sólo, sino que la estampa aludida llegó á grabarse, y existen su plancha y la tirada de pruebas, juntas con las demás que á ilustrar el libro se destinaban, en el archivo del Sacro Monte. Ella reproduce con fidelidad el cerro de los Infantes, con las ruinas arriba descritas en primer término, y la corona del monte ceñida por un muro de terraplén en redondo, como *castro*, que ha desaparecido luego (2).

D. Fernando de Mendoza (3) supone que dichas ruinas eran

(1) *Historia eclesiástica de Granada*; ms., cap. II.

(2) Se publicó una reducción suya en *El Sacro Monte de Granada*, por D. J. de Ramos López, á cuento de ciertas disparatadas hipótesis que allí se dan por hechos.

(3) *De concilio Iliberritano confirmando*, I, x. Al Baco y sátiros, que quizá se figuraban en relieve, aludió probablemente Hurtado de Mendoza, diciendo que en la vega de Granada se descubrieron representaciones esculpidas con juegos y ceremonias de Baco.

de la iglesia donde se celebró el concilio iliberritano, y específica respecto de los ídolos, que los sacaron los granadinos de las excavaciones allí practicadas, siendo los siguientes: un Apolo con su lira, Venus con Cupido á su lado, Baco y un sátiro recostado sobre un odre de vino, y un Esculapio, según se creía, todos labrados con maravilloso artificio y que, tenidos en sumo aprecio, se conservaban en la Casa Real de la Alhambra. Bermúdez de Pedraza menciona allí, en la Casa Real nueva, un Apolo y una Venus de estatura natural, un Mercurio y unos sátiros más pequeños (1); Cueva dice que las estatuas de Venus y de Mercurio fueron traídas á la Alhambra desde afuera (2), y en el siglo xviii era tradición que permanecían escondidas en los subterráneos del palacio de Carlos V (3).

Efectivamente; en la Alhambra se conservó, hasta su traslación al museo de Granada, un bello torso clásico, figurando un joven de tipo praxiteliano, con gracioso pileo y cabellera rizada en tirabuzones, obra italiana, si no griega, del tiempo de Adriano, á juzgar por su factura, y es probablemente el Mercurio arriba citado. Las otras estatuas, si fueron recogidas por la comisión que envió Carlos III á estudiar la Alhambra, acaso existan en el museo del Prado, donde recuerdo, por ejemplo, un Apolo, semejante al torso granadino por la manera de tratar el pelo, y aunque lleva una rama de laurel, y no la lira, débese á restauración moderna.

Luis del Mármol incurre en mayores inexactitudes cuando dice, que «se deja bien entender haber sido... Iliberia cerca de la ribera del río Cubila, que pasa al pie de la sierra que los modernos llaman sierra Elvira, á la parte del cierzo, donde hemos visto muchos vestigios y señalés de edificios antiquísimos; y los moradores de los lugares comarcanos... han hallado allí medallas muy antiguas de tiempos de gentiles... Otros la llaman (á la de Elvira) sierra de los Infantes» etc. Añade que, «despoblada Iliberia,

(1) *Hist. eclesiástica de Granada*, I, xviii.

(2) *Diálogos de las cosas notables de Granada*, I.

(3) Echeverría, *Paseos por Granada*, I, xxvi.

solamente quedó en pie el castillo y algunos barrios en la ribera del río Cubila»; que aquél fué derribado por los Reyes Católicos, y que «véense todavía allí junto al río dos barrios que llaman Pinos de la Puente», insistiendo más allá en que el Rey Católico «tomó la torre de la puente de Pinos, donde fué Iliberia» (1).

Hübner, á quien tanto debe la arqueología española, marró á veces en puntos de geografía nuestra por falta de base topográfica, con mayor razón cuando su gran pericia y su objetivo iban por otros senderos. No es, pues, de extrañar que, desorientado por las confusiones de Mármol y colegas, desconociese el alcance y exactitud del texto de Accorsi, declarando en último término que, á su juicio, lo mismo pudo estar Ilurco allí que en otro lugar de las cercanías, por ejemplo Asquerosa; en lo que yerra, por ser éste un paraje llano, harto inconveniente para ciudad. Sin embargo, D. Antonio Delgado convirtió el simple dicho de Hübner en hipótesis, inclinando la opinión á favor de este otro sitio, y además, los mapas que acompañan al *Corpus inscriptionum* conciertan á Ilurco con Íllora, en razón del nombre tan solo, aunque, si éste es antiguo, más bien provendrá de un *Íluro* desconocido. Otros autores, y á su frente Navagiero, coetáneo de Accorsi, identificaron nuestra ciudad con Pinos, sabiendo que aquí estaban las piedras ilurconenses, error sin trascendencia, puesto que el cerro de los Infantes es su alledaño. En resolución, la culpa de tamañas perplejidades recae sobre los eruditos granadinos que se abstuvieron de intervenir, y tanto que no recuerdo ni una línea publicada sobre las ruinas del cerro en nuestro siglo, aunque Lafuente Alcántara y Góngora vagamente aludieron al sitio, como si ello fuese notorio lejos de aquí según lo era entre los de casa.

Concretemos en definitiva la cuestión: Perdido desde la antigüedad el nombre de Ilurco, y no satisfaciendo la cita de Plinio, única entre los clásicos, para saber dónde estuvo, ha de apelarse al recurso de las piedras geográficas, si hemos de averiguarlo.

(1) *Hist. del rebelión y castigo de los moriscos*; I, III y XII.

Ellas son, por hoy, tres: la de la Malaha, la de Elvira y la de Fabia Broccilla, descubierta en el cerro de los Infantes con otras dos ó tres alusivas á ciudadanos de Ilurco. En la Malaha no espero que nadie opte por localizar nuestra ciudad; en Elvira, menos, habiendo motivos para sospechar que se llevó la piedra con el fin de utilizarla como escalón allí donde se la extrajo; queda el cerro de los Infantes, con mayores probabilidades por el número de sus inscripciones, por lo idóneo del sitio y por la cuantía de sus despojos, de modo que parece bien razonable fallar en este sentido el litigio.

Granada, 12 Febrero, 1907.

M. GÓMEZ-MORENO M.

III

DE VAREA Á NUMANCIA. VIAJE EPIGRÁFICO

La vía militar de Logroño á Soria (1), que remontando la corriente del Iregua salva el puerto de Piqueras y desciende á lo largo del Tera hasta la confluencia de este río con el Duero, representa, á corta diferencia, el trayecto estratégico que enlazó, durante la época romana, dos estaciones de primer orden; formando la base de un triángulo de operaciones (2) muy digno de atenderse para explicar las de las guerras de Sertorio, Viriato y Numancia. Formaba parte ese camino del Sertoriano *transitus ex Beronibus*, cuya extensión y dirección sagazmente indicó D. Aureliano Fernández Guerra (3), tocando uno de sus pun-

(1) Véanse los mapas de una y otra provincia, por D. Francisco Coello, y el del distrito militar de Burgos, publicado por el Depósito de la Guerra.

(2) Saavedra (D. Eduardo), *Mapa itinerario de la España romana con sus divisiones territoriales*. Madrid, 1862.

(3) «Arrancando del puerto de Castro-Urdiales (*Portus Amanum*), y dividiendo casi por mitad á España, bajaba desde los *Berones* hasta los *Oretanos* para entroncar en Sierra-Morena con la *Via Heraclea* de Cádiz á Italia, á que después servil adulación puso nombre de *Via Augusta*. Aquel primer camino es el famoso *Transitus ex Beronibus*, cuya noticia debemos al interesantísimo fragmento del libro xci, 1, de Tito Livio, que descubrió